

BENITO OLMO

TINTA



FUEGO

NdeNovela

Benito Olmo

Tinta y fuego

NdeNovela

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.

La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Benito Olmo Domínguez, 2024

Esta edición se ha publicado gracias al acuerdo con Hanska Literary&Film Agency, Barcelona, España

© Editorial Planeta, S.A., 2024

NdeNovela, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.ndenovela.com

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: Compañía

Primera edición: febrero de 2024

Depósito legal: B. 990-2024

ISBN: 978-84-10140-02-8

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint by Domingo

Printed in Spain - Impreso en España

El puñal se hundió hasta la empuñadura en el estómago de Marcel Dubois antes de que este hubiera podido preguntar siquiera al individuo que se había presentado en el umbral de su casa quién era y qué diablos se le había perdido allí.

Stratos apuñaló sin saña, pero con firmeza. Antes de que Dubois encontrara una manera de defenderse, extrajo el arma y se la clavó un par de veces más, en el pecho y el costado. La hoja se hundió con facilidad, como un saltador olímpico que ejecuta una zambullida perfecta y sin salpicaduras.

O casi.

La vida abandonó el cuerpo de Marcel Dubois en cuestión de segundos. Su defensa se redujo a un débil manoteo, primero, y a la nada después. Cayó al suelo derrengado como un trapo y Stratos certificó su defunción apuñalándole varias veces más. Cuando se aseguró de que había dejado de moverse, limpió la hoja de la daga en la ropa de Dubois y la guardó. Después cerró la puerta a su espalda y pasó sobre el cadáver, rumbo a la biblioteca.

Confiaba en no encontrar a nadie del servicio. Los criados de Marcel Dubois estaban de vacaciones desde hacía aproximadamente un par de años. Las finanzas de aquel tipo no habían podido hacer frente a la última recesión, y aquel palacete a las afueras de París, aunque pomposo y elegante, no dejaba de ser una especie de panteón en el que veía la vida pasar con la sospecha de que los buenos tiempos no iban a

regresar. Más le valía poner sus asuntos en orden, se había repetido una y otra vez, antes de que fuera el fisco quien se personase allí para hacerlo por él.

Bueno, ya no tendría que preocuparse por eso.

Stratos no era muy dado a dejarse impresionar, pero tuvo que reconocer que la biblioteca de Dubois era exquisita. Las estanterías de roble, la moqueta de color púrpura, el sillón Luis XVI... La estancia exudaba un aura solemne, cálida como una guarida, venerable como un museo.

Y lo más importante: no era solo fachada. La colección Dubois era soberbia. Distinguió una primera edición del *Traité de fauconnerie*, de Schlegel y Wulverhorst, un ejemplar de *Cien años de soledad* de la editorial Sudamericana en muy buen estado y un tomo de *La Regenta* bellamente encuadrado en una pieza de piel negra con ribetes azules. ¿De los hermanos Galván, tal vez?

Se podría decir que el continente se hallaba a la altura del contenido, algo que no era tan habitual como debería. Stratos se había visto a menudo en bibliotecas ostentosas e imponentes que albergaban, sobre todo, basura. Libros viejos y sin valor, reproducciones baratas y volúmenes mutilados sin piedad. Colecciones que no justificaban ni siquiera el espacio que ocupaban, pero de las que sus dueños presumían como si estuvieran en posesión de la Biblioteca de Alejandría.

Detectó en una de las baldas más altas un ejemplar de *Biología general*, de Casanova Ciurana. Lo tomó con cuidado y pasó los dedos por la encuadernación y el título, impreso en letras doradas sobre el lomo. Se trataba de una primera edición de 1877 con los cantos y contracantos también de color dorado.

La *Biología general* había tenido una gran repercusión en su época y no quedaban muchos ejemplares. Stratos conocía a algunos médicos que habrían pagado una pequeña fortuna por hacerse con aquel tomo, pero Marcel Dubois parecía

aquejado de un mal bastante común entre los bibliófilos: habría preferido morir de hambre antes que desprenderse de uno solo de sus queridos libros. No habría vendido aquel ejemplar ni aunque no hubiera tenido con qué pagar la calefacción de su palacete. Algo que, a juzgar por el frío que hacía, quizá sucedía desde hacía ya algún tiempo.

Stratos siguió examinando la biblioteca y comprobó que los títulos habían sido ordenados en sentido descendente; los más valiosos ocupaban los estantes superiores, a casi tres metros del suelo, mientras que los ejemplares más comunes se sucedían hacia abajo hasta ocupar un estante cercano a la moqueta, más expuestos a sufrir la acción del polvo y los insectos. El valor de cada ejemplar determinaba su posición en la estantería, un sistema de clasificación tan despiadado como práctico.

Se preguntó cuántas horas al día habría pasado Dubois en aquella sala, ordenando y reordenando su colección sin terminar de sentirse del todo conforme, condenado a convertirse en una versión moderna del mito de Sísifo.

No tardó en dar con lo que buscaba.

La Biblia de Soncino, impresa en tres volúmenes, lo contemplaba desde las alturas, impertérrita como un dios caprichoso que hubiera decidido no inmiscuirse en los asuntos de los mortales. Ocupaba un lugar privilegiado, a salvo en uno de los estantes más altos. Stratos no pudo evitar la sonrisa que le salió desde muy adentro ni el hormigueo nervioso que se instaló en sus dedos, temblorosos de pura excitación.

Tomó la biblia, la guardó y se puso manos a la obra.

Hace un año

A través de la ventanilla, Oleg contempló con aprensión el anodino paisaje del aeropuerto de Berlín. No estaba acostumbrado a volar. Bien podría haber sido esa la razón por la que llevaba varios días nervioso, sin apetito y con problemas para conciliar el sueño, pero sabía que no era así.

El verdadero motivo de su inquietud se encontraba en su bolsa, bien envuelto bajo varias capas de papel de burbujas. No se trataba de un libro valioso, al menos desde el punto de vista económico. En cualquier tienda de segunda mano no le habrían dado más que un puñado de euros por él.

Desde el punto de vista sentimental, sin embargo, aquel ejemplar tenía un valor imposible de cuantificar.

—Disculpe, señor.

Oleg alzó la vista. La azafata forzó una sonrisa comedida. El tipo de sonrisa que debían de enseñar en las escuelas de auxiliares de vuelo.

—Tiene que guardar la bolsa bajo el asiento, si es tan amable.

Aquel «Si es tan amable» y la sonrisa chocaban frontalmente con el tono seco con el que formuló la orden, sin margen para la réplica. Traducción: si no cumplía sus deseos con una celeridad razonable, iba a tener un problema.

Por si no lo había entendido, la azafata señaló la bolsa

que llevaba en el regazo. De lona, sencilla y con un estampado en el que aparecía el reportero Tintín y su compañero Milú.

Oleg sacó el libro. La azafata observó con terror aquel paquete cuadrado envuelto en plástico de burbujas, temiendo que se tratara de un artefacto con el que podría hacerlos volar a todos por los aires. Muy despacio, para dejar claro que no suponía ningún peligro, Oleg colocó la bolsa de Tintín bajo el asiento y aferró el paquete en su regazo.

No pensaba soltarlo. Eso era innegociable. Se bajaría del avión, si era preciso.

Le pareció que iba a preguntarle qué demonios llevaba allí, pero, en el último momento, la azafata logró mantener su curiosidad a raya. Debió de dar por hecho que aquel muchacho con cara de bobo no suponía ningún peligro para el vuelo ni para la integridad del resto de la tripulación, de modo que le dio las gracias y se marchó en busca de algún otro pasajero al que importunar.

Oleg agradeció no tener que dar explicaciones. No todo el mundo entendería lo importante que era aquel libro y lo que representaba. Ese ejemplar era el motivo por el que se encontraba rumbo a Madrid a bordo de un vuelo económico operado por una compañía empeñada en hacinar a los pasajeros más allá del límite de lo razonable. Tampoco es que hubiera tenido muchas más opciones: aquel billete era lo máximo que la Zentral- und Landesbibliothek podía permitirse.

Ese libro había recorrido un largo camino hasta llegar a aquel avión, y aún le quedaban casi dos mil kilómetros más para encontrarse con su destino.

En el momento del despegue, Oleg cerró los ojos y apretó el paquete contra el pecho. Cuando se atrevió a mirar de nuevo por la ventanilla, Berlín no era más que un recuerdo.

I

Madrid

Quien robe este libro será colgado en la horca
en París.

Y si no lo cuelgan, se ahogará.

Y si no se ahoga, se asará.

Y si no se asa, un fin peor le sobrevendrá.

De un manuscrito de la colección Juan de Orleans,
conde de Angulema.

En la actualidad

Una librería llena de gente siempre es motivo de alegría. Ver a lectores merodeando entre los anaqueles, ojeando los ejemplares expuestos y mostrándoselos unos a otros, «A ver este qué tal», invita a una mansa sensación de optimismo y a pensar que, en el fondo, no está todo perdido.

Por desgracia, no era el caso. La librería estaba llena, sí, pero eran demasiados los condicionantes que jalonaban ese punto de partida como para tomárselo en serio.

Supongo que mi percepción habría sido otra de no haber estado tras el mostrador, atendiendo a todos aquellos palurdos que exigían atención con la amabilidad de una jauría de hienas en celo. La del librero es una profesión envuelta en un aura de fantasía y optimismo que tiene muy poco que ver con la realidad. No se trata solo de la precariedad de un sector al que todos dan por muerto desde hace años, sino también de un presente desalentador en un país en el que, año tras año, los índices de lectura se desploman a un ritmo alarmante sin que ningún Gobierno, sea del color que sea, se rompa la cabeza por encontrar medidas reales con las que poner remedio a una deriva que amenaza con convertirnos en un rebaño de imbéciles.

Muchas librerías se sostienen gracias al entusiasmo de sus empleados, que tienen más en común con la orquesta del Titanic que con los mercaderes de sueños que deberían ser.

Cada vez que me asaltaban ese tipo de dudas, me repetía que aquel trabajo era solo algo temporal. Un remiendo a mi caótica vida que pronto dejaría atrás. Una manera como cualquier otra de conseguir efectivo con el que afrontar las deudas que asediaban mi cuenta corriente.

Como digo, aquel día la librería estaba a rebosar.

Es fácil reconocer a los no lectores: basta con observar cómo tocan los libros. Los cogen de cualquier manera, pasan algunas páginas sin saber muy bien lo que están buscando y los vuelven a soltar en el primer sitio que encuentran. A veces los abren más de la cuenta, poniendo a prueba sus costuras o la rigidez de sus lomos, o tratan de hacerlos encajar a la fuerza en un hueco minúsculo, con lo que doblan sus esquinas o estropean la cubierta de forma irreparable. Algunos sacan sus teléfonos móviles y fotografían esta y aquella portada sin pudor, bien porque les ha gustado, o porque pretenden descargarse ilegalmente ese título en cuanto lleguen a casa.

—Niña, ¿este cuánto vale?

La pregunta provenía de una señora que, desde el otro extremo de la tienda, agitaba un libro en mi dirección. Ni siquiera la miré, ocupada en atender a la media docena de personas que se agolpaba frente al mostrador. La mujer no se desanimó y repitió la pregunta un poco más alto.

Volví a ignorarla y esperé que bastara con eso.

El motivo de tanta algarabía era el lanzamiento de la primera novela de un conocido *instagrammer*. Sus seguidores habían pasado la noche acampados junto a la puerta, pertrechados con sillas de playa y provisiones con las que combatir el frío nocturno. La mayoría eran adolescentes de peinados imposibles y niños acompañados de sus progenitores, que parecían dispuestos a todo con tal de llevarse el «Premio a Padre del Año», aunque para ello tuvieran que empujar, amenazar e insultar como si les fuera la vida en ello.

La novela se agotó en diez minutos, lo que corroboró los

cálculos de la editorial, que había hecho una tirada ajustada con el objetivo de anunciar el mismo día de la publicación el lanzamiento de una segunda edición, que ya estaría lista y preparada para su distribución. La idea era causar una impresión de «fenómeno editorial» que espoleara el ansia de los lectores y aumentara las ventas por impulso.

Lo de siempre, en realidad.

Uno de esos candidatos a Padre del Año consiguió abrirse paso hasta el mostrador a codazo limpio, con tan malos modos que nadie se atrevió a protestar. Una vez allí, me fusiló con una mirada salvaje con la que creo que pretendía dejarme claro lo que sucedería si osaba contrariarlo. Cuando quedaron patentes sus intenciones, alzó un ejemplar que sostenía con desgana.

—Este libro estaba en el escaparate. ¿No tienes otro?

Se trataba del título del *instagrammer* de marras, el último que quedaba. Un tomo de apenas ciento veinte páginas en tapa dura y engalanado con una pretenciosa faja de color flúor en la que se superponían los halagos de un puñado de escritores y periodistas. Todos se deshacían en elogios y prometían una lectura adictiva y maravillosa. Era inevitable preguntarse cuánto les habrían pagado por firmar semejantes falacias.

—No, señor. De hecho, está agotado y no sabemos cuándo volveremos a recibir más ejemplares.

La respuesta no pareció amilanar a aquel tipo, que la acogió con una mueca escéptica, «A mí me la vas a dar».

—¿Seguro que no tienes otro en el almacén?

—No, señor.

—Pues si me llevo el que estaba en exposición, tienes que hacerme un descuento. Es la ley.

El Padre del Año sonreía con suficiencia. Como si se supiera en posesión de la verdad y no temiera enfrentarse a cualquiera que se atreviera a insinuar lo contrario.

—No diga chorradas —repliqué—. Es un libro, no una lavadora.

El comentario arrancó algunas risitas entre los clientes que se arremolinaban en torno a aquel tipejo y lo observaban con una mezcla de desdén y envidia. Supongo que albergaban la esperanza de que soltara el libro en algún momento para abalanzarse sobre él, como buitres que hubieran olido la carroña.

—Oye, a mí no me hables así.

—Pues no me haga perder el tiempo.

—Greta...

Mi nombre lo pronunció Pilar, la dueña del lugar, que consultaba algo en el ordenador mientras hacía como que no se daba cuenta de nada. Si me contuve para no saltar el mostrador y cruzarle la cara a aquel tipo con el mismo ejemplar que pretendía comprar, fue por ella. Lo último que quería era causarle problemas, de manera que respiré hondo y me obligué a serenarme.

Detrás del Padre del Año, la recua de adolescentes campaba a sus anchas por la librería. Algunos leían la recién adquirida obra de ese famosete sentados en el suelo mientras otros se acomodaban sobre varias pilas de libros, como si las hubiéramos colocado allí sin otro propósito que servirles de asiento. Estuve a punto de llamarles la atención, pero intuí que no iba a servir de nada y lo dejé estar.

Entonces vi a Téllez.

El viejo zorro acababa de entrar y miraba a su alrededor con expresión de pánico, como si no diera crédito. Con sus patillones y su aspecto decimonónico, parecía tan fuera de lugar entre aquella manada de jóvenes como si acabara de descender de un DeLorean procedente de un par de siglos atrás.

—¿Por qué no vas al almacén para asegurarte de que no

tienes otro? —insistió el Padre del Año, empeñado en demostrar que no iba a rendirse sin pelear.

A su lado, una cría de unos ocho años no dejaba de gritar que no le importaba, que quería ese libro, que le daba igual que estuviera en el escaparate. El hombre la hizo callar con un gesto seco, «Deja hablar a los mayores».

—¿Para qué íbamos a tener libros en el almacén? ¿De verdad cree que hay algún tipo de conspiración para mantener las novelas lejos de posibles compradores?

Las mejillas del tipo se tornaron de color grana. Me alegré de haberle sacado de sus casillas, pero mi optimismo se esfumó cuando reparé en la mirada cansada que me dedicó Pilar. Había olvidado que se trataba de su librería y que, de alguna manera, hablaba en su nombre.

De refilón, vi a Téllez salir de la tienda. Contuve un suspiro y me obligué a componer una expresión dócil.

—De acuerdo, iré a echar un vistazo.

El Padre del Año sacó pecho, satisfecho de haberse salido con la suya. Me obligué a ignorarlo y puse rumbo al almacén.